

por la ignorancia, el "slogan" repetido sin crítica alguna, o el apasionamiento, y no sabemos usar de nuestra propia razón, somos robots de lo que nos dicen los que influyen en nosotros y no tenemos la valentía de pensar por nosotros mismos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

REVISTAS

"El Mago": el otro retorno de los brujos

A QUI tenemos el número uno de otra aventura editorial que tiene arrestos y empeños de nacer. En estos tiempos terribles de penuria y de superabundancia (paradojas de nuestra sociedad), especialmente en el terreno de la prensa y el revisteril, cuando los quioscos callejeros están tan repletos de material que apenas se (mal)vende, he aquí un grupo de esforzados y entusiastas amigos que se lanzan a la calle con "El Mago" (1), publicación de periodicidad indefinida, pero que pretende llegar a ser, con el tiempo, de carácter mensual.

Es evidente que hoy día los temas acerca de la magia, el esoterismo, el apocalipsis y los poderes mentales atraen a multitud de personas, desengañadas o desencantadas de la visión realista, material, de los acontecimientos. Es también obvio que, al amparo de influencias orientalistas, de las filosofías espirituales, del rechazo de modo-de-vida-accidental se están propalando ideas y visiones que, de alguna forma, conectan asimismo con las posiciones irracionales de teorías ancestrales. De esta contraposición maniquea entre lo físico y lo especulativo solamente se pueden esperar buenos resultados si, precisamente, se propone una superación de dogmas y de los principios inmutables, para buscar una fecunda síntesis que, a su vez, abra nuevas puertas de pensamiento, en vez de bloquearlas. "El retorno de los brujos", del que ha hablado acertadamente Juan Cueto, se convertiría así en una positiva (re)vuelta de cara a nuestros modos de pensar y de sentir, quizá demasiado atrofiados o insuficientes-

(1) Número 1. Invierno 1980. 60 páginas. 125 pesetas.



mente explorados en la civilización del consumo.

Revistas como "El Mago" contribuyen, en alguna manera —quiero pensar—, a destruir tópicos y sacudir barreras en estas cuestiones. También hay que pedirle a ella, y a sus creadores y responsables, que no se cierren ante la aportación de puntos de vista respetuosos con sus creencias, pero que difieran en muchos momentos de los mismos. Si la publicación, en su primera entrega oficial, tiene un tono entre evocativo, sanamente amateur y ligeramente ensimismado; si, precisamente, se le aprecia un largo trecho por recorrer, lo más que se podría pedir es que ese camino sea realizado con rigor, precisión y, sobre todo, icono-

clasia que nada tenga que ver con el dogmatismo. ■ ALVARO FEITO.

TEATRO

"Del laberinto al 30"

CADA paso a su tiempo y con su porqué. Al margen, incluso, de los juicios que cada resultado concreto haya merecido. Primero fue "¡Viva el duque que es mi dueño!", en la que, a cuenta de la historia de una compañía de comediantes, Alonso de Santos —que, hasta hace poco, firmaba José Luis Alonso, con las inevitables confusiones que la coincidencia de nombre con el de otro director producían— y su grupo, Teatro Libre, se pronunciaban contra la realidad plástica de su época. Luego vino "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo", un excelente montaje de la obra de Pío Baroja. Sin perder la línea crítica, el grupo apelaba, como tantos teatros independientes españoles, a un texto y un autor importantes, dentro de la necesidad general de abandonar una poética de urgencia y de progresar en el desarrollo del lenguaje escénico. Ahora, en 1980, cuando tantas cosas del ayer inmediato saben a retórica, a transcendencia inoportuna, a sermón no solicitado, era lógico que Alonso de Santos y el Teatro Libre se interrogaran por las posibles formas de un espectáculo

de hoy. Un espectáculo que quizá pudiera definirse como "contracultural" y "antiteatral" si nos apoyamos en los criterios dominantes de cultura y de teatro, pero que tiene, precisamente en el rechazo de los mismos, su razón de ser y su aventura. "Del laberinto al 30" aspira a ser el espejo deformante de unos determinados detritus socioculturales. Frases, situaciones, gestos, colores, muebles, personajes, salen de los "comics", de las películas en serie, de los anuncios televisivos, del neon, de las luces psicodélicas, del conjunto de signos que alimentan la vida de millones de ciudadanos contemporáneos. Pienso yo que el intento de Alonso de Santos y del Teatro Libre ha consistido en asumir ese lenguaje para conseguir un doble efecto: de un lado, mostrarlo como señas de identidad de la época; del otro, su vacío, su puerilidad, y, también, cuanto hay en él de cruel. Pero todo ello sin explicitarlo en ningún mensaje, en ningún contenido claramente crítico y gratificante, sino dejando al espectador ante las imágenes absurdas y familiares, irritantes o divertidas, pero limitadas a sí mismas. De ahí cuanto tiene el espectáculo de desconcertante, de vacío y, a su vez, de testimonio. O, si se quiere, de "laberinto". ¿Cómo se sale? El mundo aparece como una gran coña, llena de gestos, de trajes de plástico, de chicles y de vendedores de armas. Están también —¡ese doctor que se empeña en ser lógico!— los que no quieren aceptar un absurdo del que forman, honorablemente, parte. Y están también los que, entre la risa y el miedo, se preguntan, como Alonso de Santos, por cómo vivir en medio de tanta estupidez agresiva.

Por enfermedad de un actor, el propio autor trabaja en la obra, El, Margarita Piñeiro y Paco Mestre, dirigidos por Angel Barreda, conforman un espectáculo que sobrepasa los márgenes de experimentación del teatro español de nuestros días. El resultado es polémico, sobre todo porque se levanta sobre la permanente destrucción de lo que solemos entender por teatro. En este sentido, la propuesta es de una honestidad impecable, aunque, a mi modo de ver, al resultado le falte, sin renunciar a su deshumanización, mucho del terror y el acobarde que persigue. ■ JOSE MONLEON.

Dibujo de Alberto Sánchez para el cartel de la obra de J. J. Alonso de Santos.

